



La Abeja Republicana®

Marca Registrada - Resolución INDECOPI N° 007437-2014/DSD

Revista digital e impresa de análisis e información

Año 5 N° 2 - Junio 2017



Director: Néstor Ledesma

La Fragilidad del Destino Histórico

RÁZURI 1824 – GAMARRA 1841 – BALTA 1872 – PARDO 1878



La Carga de los Húsares del Perú – Batalla de Junín [por Etna Velarde]

Si existiese un destino colectivo, sea predeterminado por un proceso histórico autónomo o pergeñado por un proyecto de transformación deliberado, es razonable suponer que se encuentre sujeto a variaciones o desviaciones tanto previsibles como imprevistas, producto de la interacción de fuerzas adversarias y confluyentes. No obstante, cuando un individuo sin poder fáctico o formal interviene en el destino colectivo quebrándolo, sin proponérselo, atendiendo sólo a sus asuntos personales o usurpando potestades y, sin embargo, cambia radicalmente la trayectoria de un pueblo, se introduce un Factor Z que es menester dilucidar. ¿Tendrá o no dicho factor naturaleza probabilística, responderá al azar o surgirá del caos germinador?

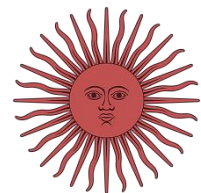


La Abeja Republicana

Lima, la Ilustre Ciudad de los Libres

1822

Firme y Feliz por la Unión



La Fragilidad del Destino Histórico

por: Néstor Ledesma

Presentamos a continuación el breve relato de cuatro sucesos que han afectado radicalmente -para bien o para mal- el destino del Perú, en el lapso de casi 50 años, entre la Guerra de la Emancipación y la Guerra del Pacífico.

I. El Resplandor ¹

Al iniciarse el año 1824 todo parecía perdido para la causa patriota. Los ex presidentes Riva Agüero y Torre Tagle habían renegado de la República y fueron declarados traidores por el Congreso. La hacienda pública quebrada, el ejército en situación logística muy precaria y el territorio liberado reducido a las provincias del norte del país. La situación llegó a tal extremo que, el 26 de marzo de 1824 se instauró a la ciudad de Trujillo como capital de la República.

Frente a la debacle, el General Bolívar y Don José Faustino Sánchez Carrión (Ministro General de Gobierno) organizaron el ejército y el poder ejecutivo.

El binomio cívico – militar marchó por los Andes. En abril de 1824 partieron de Trujillo rumbo a la serranía. En mayo afiataron el ejército libertador en Huamachuco, tierra natal de Sánchez Carrión. En junio pasaron por Huaraz y Huánuco, en julio llegaron a Cerro de Pasco y a principios de agosto bordearon el lago Junín, a más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar y a una temperatura de 0° C.

Entre los diez mil hombres del ejército patriota se encontraba José Andrés Rázuri Esteves, natural de San Pedro de Lloc, pueblo costero a 99 kilómetros de la ciudad de Trujillo; de oficio agricultor y quien en noviembre de 1820 se incorporó voluntariamente a la expedición libertadora de San Martín, con el grado de sargento.

¹ Miller, William. "Memorias del General Miller". Madrid, 1910. Tomo II – páginas 141 al 145. Imprenta de Fortanet. // Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. "Los Ideólogos". Lima, 1973: Tomo I – Volumen 9° - páginas 589 y 590. // Barra de la, Felipe. "La Campaña de Junín y Ayacucho". Lima, 1974. Capítulo XV. Talleres Gráficos de la Editorial Salesiana. // Tauro del Pino, Alberto. "Enciclopedia Ilustrada del Perú". Lima, 2001. Tomo 14 – página 2220. Ediciones Peisa. // Carta de José Sevilla a Andrés Rázuri, fechada en Lima el 15 de septiembre de 1878 y Carta de respuesta de Andrés Rázuri a José Sevilla, fechada en Lima el 16 de septiembre de 1878, certificada por Manuel Iparraguirre – Escribano Público; ambas fueron publicadas en el periódico La Opinión Nacional (Lima) – Año V N° 1477 - sábado 5 de octubre de 1878 – páginas 3 y 4.

En agosto de 1824, cuando el ejército libertador dirigido por Bolívar arribó a los campos de Junín, Rázuri frisaba los 33 años de edad y era ayudante del primer escuadrón de caballería.

En la tarde del 6 de agosto de 1824, el ejército patriota marchaba por la cordillera occidental adyacente al lago Junín y divisaron a dos leguas de distancia hacia el oriente, en el llano, al ejército realista.

Hacia las cuatro de la tarde ambos bandos adelantaron sus caballerías. Mil doscientos realistas enfrentarían a novecientos patriotas. Pero la ventaja realista no sólo consistía en el número de jinetes, sino en su posición estratégica en el llano, donde habían desplegado cómodamente sus escuadrones. En tanto, la caballería patriota que descendía por una estrecha quebrada, debía dosificar su movimiento, flanqueado por un lado por los cerros y por el otro lado por los pantanos.



Andrés Rázuri

Antes de que terminen de desplegarse los escuadrones patriotas, los realistas iniciaron un soberbio y contundente ataque, frustrando los movimientos prescritos y produciendo las primeras bajas entre el ejército libertador.

En tales circunstancias, Bolívar se retiró raudamente hacia la retaguardia, a una altura elevada, y permaneció guarecido -junto con la infantería- a una legua de distancia del campo de batalla, desde donde ordenó la retirada de la caballería con el fin de resguardarla del asedio enemigo.

Rázuri fue el encargado de transmitir la orden al escuadrón de caballería Húsares del Perú, integrado por 160 coraceros trujillanos y piuranos, al mando del Teniente Coronel argentino Isidoro Suarez, que permanecía en la quebrada de Chacamarca, en un punto ciego al escenario de la batalla y a la espera de ingresar a la explanada de la pampa de Junín.

Al bajar por la quebrada y a pocos pasos de Suarez, Rázuri logra distinguir en el horizonte la persecución de los escuadrones de la caballería peruana, retirándose desordenadamente, mientras eran apremiados por la caballería realista.

La caballería patriota en retirada quedaba hacia el extremo izquierdo del escenario, en tanto la caballería realista -al ataque- se situaba de modo perpendicular al frente de los Húsares del Perú, que resultaron repentinamente a la retaguardia de los realistas de manera ventajosa.

Súbitamente, Rázuri -vislumbrando la suerte del destino- cambió la orden recibida y le transmitió a Suarez el mensaje de cargar sobre el enemigo.

Los realistas fueron sorprendidos por los Húsares del Perú que les propinaron serio castigo, entretanto, la caballería patriota en retirada al percatarse de lo acontecido volvió sobre sus pasos y atacó frontalmente a la caballería realista, que fue finalmente derrotada.

En el ínterin, Bolívar, convencido de la inexorable derrota, permaneció en la retaguardia a elevada altura y a gran distancia, hasta que el General Miller le comunicó la victoria.

En la encarnizada batalla entre escuadrones de caballería, que duró cuarenta y cinco minutos, no se realizó ningún disparo, toda la lucha fue a lanza y sable. En el campo de batalla murieron treientos sesenta y cuatro realistas y cuarenta y cinco patriotas. El frío de la noche fue tan intenso, que fallecieron casi todos los heridos de uno y otro bando.

En reconocimiento de la proeza lograda, Bolívar cambió el nombre de Húsares del Perú por el de Húsares de Junín.

A su turno, el Mariscal José La Mar, al mando de la División Peruana, amonestó a Rázuri por su desobediencia en la comunicación de la orden recibida, por lo cual le correspondía ser fusilado, pero dado que a dicha desobediencia se debía la victoria, fue felicitado y posteriormente -al finalizar la campaña- ascendido a capitán.

Aquel 6 de agosto de 1824, a las 17 horas, en la pampa de Junín, el destino del Perú fue transformado por la decisión de un mensajero peruano, quien en medio del fragor de la batalla tuvo la visión y el coraje de cambiar una orden superior, cuando vislumbró la resplandeciente oportunidad de una victoria patriota.

II. La Inquina ²

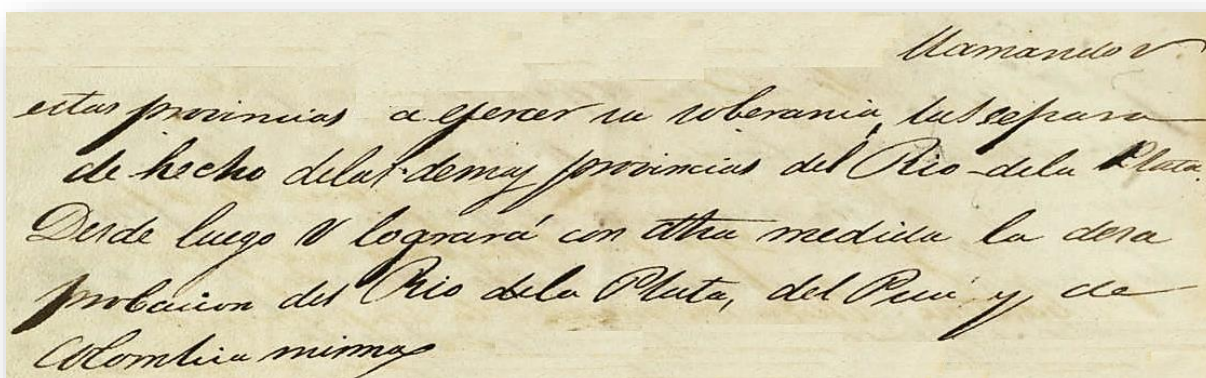
La planicie de Ingavi, al Este de la ciudad de La Paz y a cuatro mil metros sobre el nivel del mar, amaneció enlodazada por la copiosa lluvia de la víspera.

Bajo la égida de los nevados Ilimani e Illampu, se extendía el campo de batalla de los fratricidas contrincantes: el ejército del Perú, dirigido por el Presidente de la República, el Mariscal cusqueño y héroe de Ayacucho, Agustín Gamarra Messía; y el ejército de Bolivia, conducido por el general José Ballivián.

² Gonzáles Prada, Alfredo. "Un Crimen Perfecto". New York, 1941. Wolff Book.

En 1841, el Mariscal Agustín Gamarra, tras el fracaso de la Confederación Peruano Boliviana, había tomado la decisión de invadir Bolivia con el propósito de restituir la unidad Pan Andina, quebrada en 1825 por el proyecto de Bolívar de debilitar al Perú.³

*“Me parece que el negocio del Alto Perú no tiene inconveniente alguno militar, y en cuanto a lo político, para Ud. es muy sencillo: Ud. está a mis órdenes con el ejército que manda y no tiene que hacer sino lo que yo le mando... llamando Ud. estas provincias a ejercer su soberanía, las separa de hecho de las demás provincias del Río de la Plata. Desde luego Ud. logrará con dicha medida la desaprobación del Río de la Plata, del Perú y de Colombia misma.”*⁴ [Carta de Bolívar a Sucre]



Durante más de un siglo se ha pretendido ignorar un testimonio que da luces sobre la muerte indecorosa en 1841 de un epónimo de nuestra historia. No obstante, la desaparición de un encumbrado personaje y las funestas consecuencias de su deceso por razones de inquina, no desmerecen la trayectoria de Gamarra pero si añade desventura al destino del Perú, a partir de la decisión visceral de un anodino criminal.

Años antes de la batalla, un día sin mayor relevancia, un soldado peruano de apellido Gutiérrez quedó al cuidado de una recua de acémilas. Por desidia, una de las bestias se perdió y tuvo que enfrentar el castigo de cincuenta azotes, ordenado por el oficial al mando.

Primaveras después y en medio del fragor de la batalla de Ingavi, el Mariscal Agustín Gamarra se retiró brevemente hacia la retaguardia para atender una urgencia. Se bajó de su caballo y entregó las riendas del corcel a un soldado.

Mientras Gamarra caminaba por la llanura, buscando un lugar apropiado donde descargar, Gutiérrez observó la espalda de aquel hombre que años atrás lo humilló con azotes y diatribas por la pérdida de una mula del ejército.

³ Para mayor detalle se puede consultar mi libro “La Ruta Republicana”. Lima, 2015. Ediciones La Abeja Republicana y Hurin Qosqo.

⁴ Carta de Bolívar a Sucre fechada en Lima el 21 de febrero de 1825. En: Obras Completas de Bolívar. La Habana, 1947. Volumen II – páginas 85 y 86.

Evocando su afrenta y exasperado de rencor, Gutiérrez le disparó cobardemente por la espalda al Mariscal Agustín Gamarra, mientras miccionaba en un paraje de Ingavi.

La alarma se extendió entre la tropa peruana, el Presidente de la República había muerto en el campo de batalla, supuestamente por bala enemiga, lo que terminó definiendo la derrota peruana.

Mientras aquello acontecía, Gutiérrez se hundía en un insondable silencio, que sólo rompió en su lecho de gris agonía tres décadas después, en el valle de Mala, en enero de 1873, cuando confesó su crimen ante el egregio Manuel Gonzáles Prada.



Mariscal Agustín Gamarra

Aquel 18 de noviembre de 1841, a las 13 horas, en la llanura de Ingavi, el destino del Perú fue quebrado por el arrebato de un soldado peruano, que carcomió por décadas su humillación y encontró, por albur, la oportunidad de vengar su injuria.

III. La Revuelta ⁵

Durante su mandato (agosto 1868 – julio 1872), el Presidente de la República José Balta y Montero había cosechado gran animadversión entre los consignatarios del guano, los militares y la prensa, a la que pretendió en varias ocasiones amordazar.

Convocadas las elecciones presidenciales, la controversia se incrementó con acusaciones a Balta de interferir en la lid electoral.

Con el fin de apaciguar los ánimos, el Presidente de la República citó a los tres candidatos (Manuel Pardo, Rufino Echenique y Manuel Ureta) a una reunión en Palacio de Gobierno y les propuso que los electores acudiesen a las urnas desarmados. Pero Pardo alegó que no podía obligar a sus partidarios a adoptar dicha regla y levantándose de su asiento con torpeza dejó caer su revólver, lo que enfureció a Balta.

Días después, se eligieron los colegios electorales. En Lima, los partidarios de Pardo fueron armados y amedrentaron a sus adversarios. Por su parte, Echenique ordenó a los suyos abstenerse de sufragar y, posteriormente, declinó su candidatura.

⁵ Vargas Ugarte, Rubén. "Historia General del Perú". Lima, 1971. Tomo 9 – Capítulo XI – páginas 179 al 194. Ediciones Carlos Milla Batres. // Basadre Grohmann, Jorge. "Historia de la República". Lima, 1998. Tomo 6 – páginas 1392 al 1398. Editado por el diario La República.

En tales circunstancias, el Presidente Balta promovió la candidatura oficialista de Antonio Arenas, con el fin de cerrarle el paso a Pardo. Asimismo, nombró como Ministro de Guerra y Marina al Coronel Tomás Gutiérrez, quien clausuró los periódicos El Comercio y El Nacional.

En las elecciones presidenciales, Manuel Pardo se impuso al candidato oficialista Antonio Arenas. El triunfo de Pardo, el primer presidente civil de la República elegido por voto popular, generó preocupación entre los militares, temerosos de perder sus privilegios.

Alentados por los enemigos políticos del Presidente electo, el lunes 22 de julio de 1872 el Ministro de Guerra y Marina Coronel Tomás Gutiérrez y sus tres hermanos, también coroneles, Silvestre (al mando de Batallón de Infantería Pichincha N° 2), Marceliano (al mando del Batallón de Infantería Zepita N° 3) y Marcelino (al mando del Batallón de Infantería Ayacucho N° 4) protagonizaron una asonada golpista en la capital.

El Coronel Tomás Gutiérrez se autoproclamó Jefe de Estado, mientras su hermano, el Coronel Silvestre Gutiérrez apresó en Palacio de Gobierno al Presidente Balta, que fue trasladado al Cuartel San Francisco⁶ y encerrado en una habitación del patio principal.



José Balta

El Congreso de la República emitió un acta de protesta, pero igual fue desalojado. Las calles lucían desiertas y los rumores recorrían balcones y zaguanes.

El Vicepresidente Francisco Diez Canseco organizó la resistencia y fue ganando adhesión popular y militar.

Cuatro días después del motín, el 26 de julio de 1872, hacia el mediodía, el Coronel Silvestre Gutiérrez, luego de conferenciar con su hermano Tomás en Palacio de Gobierno, se dirigió por el jirón de la Unión hacia la estación del tren San Juan de Dios⁷ para embarcarse al Callao.

Silvestre Gutiérrez cruzó las calles entre grupos hostiles y logró abordar el tren. Al pasar el vagón frente a la Plazuela de la Micheo,⁸ los partidarios de Pardo alentaron vivas a su líder, lo que exasperó a Silvestre, quien arrebatado desenfundó y disparó su revolver contra el gentío, hiriendo a un joven, que le devolvió el disparo. Entonces, se abrió un fuego cruzado que terminó con el disparo del capitán Francisco Verdejo, que mató al Coronel Silvestre Gutiérrez de certero disparo en el cráneo.

⁶ Cuadra 1 del jirón Amazonas (calle Callejón de San Francisco).

⁷ Donde hoy se ubica la Plaza San Martín (lado Oeste de la Plaza).

⁸ En el cruce de la cuadra 1 del jirón Quilca (calle Iturrizaga) y la cuadra 10 del jirón de la Unión (calle Belén).

Aún sin conocer la suerte de su hermano Silvestre, el Coronel Tomás Gutiérrez, en Palacio de Gobierno, considerando la creciente resistencia al motín que dirigía, realizó consultas para dejar el mando al Vicepresidente Francisco Diez Canseco, a cambio de su exilio junto con sus tres hermanos.

Enterado de la muerte de Silvestre, el Coronel Tomás Gutiérrez perdió la serenidad y, cambiando de planes, decidió resistir hasta el final. Entonces, mandó llamar a Palacio de Gobierno a su hermano el Coronel Marceliano y a la tropa del Cuartel San Francisco, donde se encontraba prisionero el Presidente Balta, que quedó al cuidado del Mayor Narciso Najar, quien en el pasado fue subordinado de Balta en el ejército.

La revuelta popular contra los hermanos Gutiérrez ganó las calles. Tomás y Marceliano abandonaron Palacio de Gobierno y se atrincheraron en el Cuartel Santa Catalina,⁹ en Barrios Altos, mientras el Vicepresidente Francisco Diez Canseco asumió el mando de la Nación.

La protesta en las calles se hizo incontenible, Tomás y Marceliano abandonaron el Cuartel Santa Catalina abriendo fuego; inicialmente los acompañó la tropa, pero mientras avanzaban por el jirón Puno con dirección al jirón de la Unión, la soldadesca se fue dispersando y finalmente regresó al cuartel. En su fuga, los hermanos Gutiérrez tomaron diferentes direcciones.

Marceliano logró llegar al Callao. Mientras Tomás fue capturado por el Coronel Ayarza e ingresado raudamente a la botica “La Unión Peruana” frente a la Plazuela La Merced¹⁰ para salvarlo de la muchedumbre.

Pero todo fue inútil, una turba rompió las puertas de la botica y asesinó al Coronel Tomás Gutiérrez, que recibió disparos y cortes de sable, dibujándole en el torso una banda presidencial.

El cuerpo del usurpador Tomás Gutiérrez fue arrastrado por el jirón de la Unión y colgado de uno de los faroles de la Plaza Mayor, frente al Portal de Escribanos.¹¹ A corta distancia, el cuerpo de su hermano Silvestre, muerto en la Plazuela de la Micheo, fue colgado de otro Farol. A su turno, Marceliano –refugiado en el Callao- fue asesinado a balazos y llevado a rastras a la capital donde su cuerpo también fue colgado. El único que salvo de morir fue Marcelino, el más temperado de los hermanos Gutiérrez, que se refugió en la casa de una amiga.

⁹ En el cruce de la cuadra 7 del jirón Inambari (calles nuevas) y la cuadra 11 del jirón Andahuayalas (calle Plazuela de Santa Catalina).

¹⁰ La botica se ubicaba en la esquina de la cuadra 5 del jirón de la Unión (calle Espaderos) y la cuadra 1 del jirón Huancavelica (calle Lezcano).

¹¹ Cuadra 3 del jirón de la Unión.

Las turbas apostadas en la Plaza Mayor, no contenta con el ajusticiamiento de los coroneles amotinados, destruyeron sus casas y volvieron a colgar los cuerpos desnudos de los hermanos Gutiérrez, esta vez de los campanarios de la Catedral de Lima, para luego cortar las amarras y dejar caer los cuerpos lacerados que se estrellaron contra las baldosas de las graderías de la Catedral. Los restos de los Gutiérrez fueron finalmente calcinados en una hoguera en el centro de la Plaza Mayor.

El Presidente electo Manuel Pardo, que se había refugiado en Pisco, tuvo un recibimiento jubiloso al retornar la capital y desde el balcón de su casa dirigió a la multitud un polémico discurso:

*“Pueblo de Lima, habéis realizado una obra terrible pero una obra de justicia... aquellos tres cadáveres que se ostentan ante nuestra Metropolitana envuelven una tremenda lección que no olvidaré jamás”.*¹²

Las turbas del pueblo habían desatado una cruenta y ominosa repulsa popular, luego que las rabonas del cuartel San Francisco esparcieran la noticia que el Presidente Balta había sido asesinado.

Aquel 26 de julio de 1872, a las 14 horas, el Mayor Narciso Najjar, secundado por dos antiguos malhechores, acribilló al Presidente Balta mientras dormía luego de almorzar. Los disparos del Mayor Najjar, que había quedado al cuidado del Presidente, no sólo estaban cargados de pólvora sino del visceral odio que lo roía, en el amargo recuerdo de la flagelación que por indisciplina sufrió en el ejército, años atrás, por orden de Balta. Najjar, absorto en su encono, no fue consciente que la muerte del Presidente de la República soliviantaría a las turbas populares que hundieron a Lima en la barbarie y la ignominia.

IV. El Ocaso¹³

Manuel Pardo y Lavalle, el primer Presidente de la República civil elegido por voto popular y fundador del primer partido político del país, gobernó el Perú cuatro años, entre 1872 y 1876. Su partido reunió a prósperos hacendados, comerciantes e industriales, consignatarios del guano y profesionales.

Pardo contaba con gran arraigo popular y representaba la esperanza de orden y prosperidad, que debía superar la etapa de confrontación y autoritarismo de medio siglo de caudillismo militar.

¹² Basadre, 1998: 1398.

¹³ San Cristoval, Evaristo. “Manuel Pardo y Lavalle: su vida y su obra”. Lima, 1945. Páginas 613 al 621. Gil Editores. // Basadre Grohmann, Jorge. “Historia de la República”. Lima, 1998. Tomo 6 – Capítulos XI al XIII. Editado por el diario La República.

No obstante, la situación de la economía -heredada del militarismo- era precaria, tanto por factores internos como foráneos. Los ingresos por el guano, en gran porcentaje comprometidos en el pago de la deuda, habían declinado por la reducción de sus reservas y la caída de sus precios. El déficit presupuestal era creciente. Las diversas medidas (administrativas, impositivas, fiscales y monetarias) que se tomaron para revertir la situación fracasaron, pero afectaron los intereses británicos relacionados con el salitre del sur del Perú.

La penuria económica llevó a Pardo a reducir los gastos militares, lo que afectó la renovación del equipamiento y el número de efectivos. Mientras Chile reforzaba su fuerza armada y perfilaba sus planes expansionistas.

El Perú suscribió en 1873 un tratado de defensa con Bolivia, pero no logró que Argentina se adhiriera a él, lo que confería debilidad a dicho instrumento, que más tarde sería usado de excusa para justificar los planes expansionistas chilenos, funcionales al ajedrez geopolítico británico.

*“Es un completo error hablar de esto como una guerra chilena contra el Perú. Es una guerra británica en el Perú, con Chile como instrumento... Chile jamás habría entrado en esta guerra ni una pulgada, sin el respaldo del capital inglés, y nunca hubiera realizado nada tan audaz en el mundo como cuando se dividieron el botín y los despojos...”*¹⁴ [Discurso de James Blaine, Secretario de Estado ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos, el 26 de abril de 1882 – 10:00 a.m.]

“It is a perfect mistake to speak of this as a Chilean war on Peru. It is an English war on Peru, with Chile as the instrument. . . . Chile would never have gone into this war one inch but for her backing by English capital, and there was never anything played out so boldly in the world as when they came to divide the loot and the spoils.”

La crisis económica fue mellando la popularidad de Pardo, empero logró culminar su mandato, a pesar de un fallido intento de asesinato que sufrió el 22 de agosto de 1874, cuando cruzaba a pie de la calle Palacio a la calle Portal de Escribanos.¹⁵

Al terminar su periodo presidencial, Pardo se autoexilió en Chile, donde se fue convenciendo de que la guerra sería ineludible, preocupación que trasmitió a su sucesor.

Encontrándose fuera del país, Manuel Pardo fue elegido Senador de la República Peruana, en la renovación por tercios de la Cámara Alta, y retornó al país el 2 de septiembre de 1878.

¹⁴ Healy, David. “James G. Blaine and Latin America”. Missouri, 2001. Página 63. University of Missouri Press. Se consigna la traducción literaria de la cita original en inglés.

¹⁵ Jirón de la Unión cuadras 2 y 3 respectivamente.

Una vez integrado al cuerpo legislativo, fue designado como Presidente del Senado, que por entonces funcionaba en el Museo de la Inquisición.¹⁶

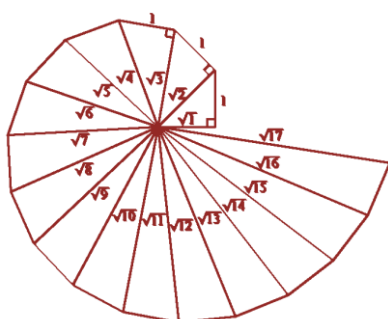
En noviembre de 1878 se discutían varios proyectos de ley, entre ellos uno sobre la amortización de los billetes fiscales y otro que impedía que los suboficiales pudieran ascender a oficiales.

En tales circunstancias, el 16 de noviembre de 1878, al ingresar al recinto del Senado y luego de recibir los honores correspondientes a su investidura, el Presidente del Senado Manuel Pardo caminaba por el pasadizo que conduce a la Secretaría de la Cámara, acompañado de dos partidarios, cuando de improviso y a cuatro metros de distancia, el sargento Melchor Montoya, integrante del Batallón Pichincha de la guardia de honor del Senado, disparó cobardemente por la espalda a Pardo, hiriéndolo mortalmente en el pulmón derecho, falleciendo tras una hora de sufrida agonía. En tanto, el sargento Montoya emprendió la fuga al grito ¡Viva el Pueblo! hacia la Plaza de la Inquisición,¹⁷ donde fue capturado y, posteriormente, juzgado, sentenciado y fusilado.



Manuel Pardo

Aquel sábado 16 de noviembre de 1878, a las 14 horas, el suboficial, sargento Melchor Montoya asesinó al Presidente del Senado y Presidente del Partido Civil, porque la Ley que se debatía en el Senado sobre ascensos militares le impediría alcanzar la clase de oficial. A Melchor le había tocado en suerte el trozo de papel de una cajetilla de cigarros que lo destinaba a ejecutar el magnicidio, que habían decidido cuatro sargentos del Batallón Pichincha, guardia de honor del Palacio Legislativo. Ensimismados en sus intereses subalternos, un puñado de sargentos no aquilató que la muerte de Pardo desarticularía la política nacional y debilitaría la dirección estratégica del país, que cinco meses después enfrentaría la cruenta y funesta guerra del Pacífico.



Espiral de Teodoro
 ¿Un tiempo cíclico variable,
 que acumula el cambio y
 que rige la corta duración?¹⁸

¹⁶ Cuadra 5 del jirón Junín.

¹⁷ Hoy Plaza Bolívar.

¹⁸ Para mayor detalle consultar mi libro. Ledesma, Néstor. "Las Generaciones de la República". Lima, 1999. Editorial Hurin Qosqo.

Colofón

“De todos los infortunios que afligen a la humanidad el más amargo es que hemos de tener conciencia de mucho y control de nada.”

HERODOTO (484-425 a.C.)

La historia aborda, por lo general, sucesos notables que gozan de relevancia social y cuya interpretación facilita la comprensión del devenir. En dicha historia colectiva interactúan individuos que convergen en grupos liderados por personajes con cierto poder formal o fáctico, algunos de los cuales alcanzan la categoría de epónimos de una generación, de una época e incluso de una Era.

No obstante, la mayoría de los individuos que participan del proceso social, desde su propio itinerario personal, permanecen anónimos y su impronta individual tributa marginalmente al proceso, en el que se acumulan contribuciones de diversa valencia y que pueden marcar en el acontecer social un cambio en la trayectoria colectiva.

Sin embargo, en los cuatro sucesos singulares reseñados cobran inusitado y efímero pero trascendental protagonismo individuos anodinos, sin poder fáctico o formal que intervienen en el destino colectivo quebrándolo, en la mayoría de los casos sin proponérselo y atendiendo sólo a subalternos asuntos personales, en uno de los casos usurpando potestades, pero en todos los lances cambiando radicalmente la trayectoria de un pueblo.

En la historia es casi absoluto que los itinerarios personales de individuos anodinos, al interactuar con las trayectorias colectivas, no generen cambios radicales en el devenir histórico.

No era posible y, por lo mismo, era improbable que un suboficial como Rázuri, en el campo de batalla de Junín, en su calidad de mensajero cambiase una orden superior y precipitase la victoria patriota. Al no ser posible, por no tener autoridad ni capacidad deliberante, la probabilidad que ocurra era cero. Pero ocurrió y su certeza fue plena.

Decimos que no existía la posibilidad porque no era una alternativa posible en el colectivo ejército patriota. En su itinerario personal, Rázuri podía como de hecho pudo -a su libre albedrío- tomar la decisión de cambiar el mensaje y atenerse a las consecuencias, pero como miembro subordinado del ejército, al que se había adherido voluntariamente, no tenía ni el poder formal ni el poder fáctico para hacerlo.

Si el suboficial Rázuri, luego de transmitir el mensaje, hubiese sugerido al general argentino Suárez desobedecer la orden para aprovechar una oportunidad única, era altamente probable que el general Suárez hubiese acatado la orden superior; posibilidad que Rázuri pudiera haber evaluado en el momento que resolvió cambiar la orden.

De no mediar dicha desobediencia, la caballería realista hubiese diezmado a la caballería patriota y debilitado -aún más- la grave situación de la República Peruana, constreñida a las provincias del norte del país y con una precaria economía para solventar la campaña.

Sin la victoria de Junín no era posible la victoria de Ayacucho, que liberó el territorio peruano, concretó la independencia del Perú y consolidó la emancipación del continente sudamericano.

La colisión del itinerario personal, el destino individual, de Rázuri con el proceso de la guerra de emancipación quebró la trayectoria colectiva, el destino común, y fue decisiva para la victoria patriota. Una intervención imprevisible, sin probabilidad de suceder, pero que certeramente aconteció.



Triple Espiral Celta

¿Un tiempo cíclico variable con trayectorias quebradas y que rige la mediana duración?

Asimismo, que un soldado como Gutiérrez -en Ingavi, en 1841- asesinase a su superior el Presidente de la República, Mariscal Agustín Gamarra, mientras atendía una urgencia fisiológica no era previsible ni posible. Tampoco fue un hecho fortuito ni producto del azar, porque en el itinerario personal de Gutiérrez la venganza tuvo una causa u origen en un suceso lacerante para dicho individuo pero intrascendente para el colectivo.

Lo que sí tuvo trascendencia fue el asesinato del Mariscal Agustín Gamarra, que descabezó el ejército en plena batalla y precipitó la derrota peruana, cancelando la anhelada restitución de la unidad Pan Andina, que hubiese fortalecido al Perú frente a la ponzoñosa oligarquía anglo-chilena, servil a la geopolítica británica.

No fueron fortuitas ni producto del azar los asesinatos de Balta y Pardo. Tampoco fueron sucesos que nacieran del caos germinador de un nuevo orden, aunque dichos sucesos marcaron un nuevo orden.

En la rebelión de los hermanos Gutiérrez en 1872, las balas que mataron a Balta fueron producto de una venganza personal del Mayor Najar, quien quedó –por orden superior- a cargo del cuidado del presidente cautivo. La revuelta se desarrollaba en las calles, en tanto el magnicidio se produjo en un recinto aislado y tranquilo, mientras Balta dormía.

Tampoco el caos gestó el asesinato de Pardo en 1978, su muerte fue producto de una conjura de cuatro suboficiales, integrantes del Batallón Pichincha, guardia de honor del Palacio Legislativo, que potencialmente serían afectados, en su ascenso a la clase oficial, por un proyecto de Ley en debate.

La muerte de Balta primero y la de Pardo después, ésta última a cinco meses de la conflagración británico-chilena contra el Perú, desarticuló la política nacional y debilitó la dirección estratégica del país, que enfrentó dividida al enemigo y que contó con más de un felón en el campo de Agramante.

En los sucesos reseñados encontramos un factor común que no hemos alcanzado a dilucidar, pero que no parece tener carácter probabilístico, ni responder al azar ni surgir del caos. Lo denominamos “Factor Z de la Historia”, aquello imprevisible e improbable, que fluye de un itinerario individual anodino y que precipita el quiebre de la trayectoria colectiva.

Dicho Factor Z, del que podemos tener mucha consciencia y ningún control, existe, persiste, supervive, marcando en el devenir social la dramática fragilidad del destino histórico.

Néstor Ledesma

En Lima, la Ilustre Ciudad de los Libres, a 2 de junio de 2017.

Aniversario del deceso de José Faustino Sánchez Carrión – Fundador de la República Peruana.

